



## UN NIÑO... SERÁ LLAMADO PRÍNCIPE DE LA PAZ Is 9, 5

CARTA DE COMUNIÓN | PASCUA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR, 2022

LA INFANCIA PROTEGIDA: FUENTE DE LA PAZ

**NUESTROS REFUGIADOS.** Llegaron en febrero, huyendo, con la guerra en los talones. Eran tres madres con tres hijos pequeños: Ludmila con Vladik, de seis años, nuestro Príncipe sin Espada del Lago Nemi, Luda con su hija Vika de 10 años, y María con Sofía de apenas seis meses. A ellas se ha añadido Katerina con dos hijas, en un momento desesperado, sin lugar adónde ir. Hemos celebrado el séptimo cumpleaños de Vladik y hemos visto los primeros pasos de Sofía a sus nueve meses. Y crecer a la preciosa adolescente que ya es Vika. Tanto Vladik como Sofía y Vika viven con una sonrisa en la boca, felices, abrigados por la presencia materna, por la compañía y ayuda de *Caritas* de Genzano y por nuestro cariño y alojamiento. Son las verdaderas víctimas de la guerra, pero la viven en la seguridad que les dan los adultos que les acogen. Han perdido la infancia entre los suyos, con sus padres en el frente, sin sus abuelos, sin sus primos, sin su escuela, sin sus compañeros de clase... Los vemos diariamente y deseáramos un presente de Paz para ellos y esa es nuestra súplica. "Yo sí, sé el designio que tengo sobre vosotros, designios de paz y no de desgracia: daros porvenir y esperanza" (Jer 29, 11; cf. 33, 9). Que así sea.

En esta Carta de Comunión quisiera decirles que las guerras y el Nacimiento de Jesús han atraído mi atención hacia la filiación, el nacimiento, la infancia. El niño -qué palabra tan bella para nombrar al cachorro humano- ese sujeto paciente, inocente, vulnerable y precario, es un ser de futuro, pero de futuro incierto. Cuando veo a María y a Sofía no puedo dejar de pensar en la Familia de Nazaret y su huida a Egipto ante la inminente amenaza de muerte por parte del dictador. "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto" (Mt 2, 13-15. 19-23). Son nuestros refugiados a causa de una terrible y sangrienta contienda. Hoy, también. Y no puedo dejar de pensar en la INFANCIA como ese tiempo en el que nuestras frágiles vidas están absolutamente en manos de otros.

**SER HIJO.** El nacimiento es siempre asombroso porque se trata de un acontecimiento que trae consigo un inicio absoluto, una maravilla. Pero también es traumático, y lo que viene después de ese instante posiblemente también lo sea, o al menos lo será en algún momento de la historia. La herida que deja todo nacimiento permanece toda la vida, señalada en el cuerpo mismo. Es la herida de una dolorosa interrupción, separación, distancia, algo que nos hará anhelar siempre el ser amados, queridos, acogidos.

Y hoy, ser hijo es para muchos una deuda intolerable. Si la encarnación moderna detesta la idea de encarnación, más aún la de filiación, porque ser hijo es depender, vivir en la debilidad máxima, perder toda autorreferencialidad, porque estamos ligados a un origen al que hacemos referencia, con el que tengo un vínculo estrecho. Y, por otra parte, tener un hijo es arriesgar mucho en la breve vida que tenemos: no podemos asegurarle un porvenir, un bienestar, requiere nuestra propia, nuestra cómoda tranquilidad, nos saca del solipsismo del uno o del dos, de la felicidad autocontemplativa. Las teorías antinatalistas se nos presentan como la sabia prudencia de nuestros días. E, incluso a veces, no hay nadie que cuide de esa vida engendrada, nacida y tantas veces no amada. Pero sabemos bien que, sin la familia, sin la ternura original que es la cuna del ser, el niño no anida en este mundo ni en esta vida.

**"ESTE ES MI HIJO, EL AMADO" Mc 1, 1-11; Mt 1, 20-25.** Dios se ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tanto la esencia del cristianismo como la santidad cristiana, o el discipulado, descansan en la Filiación, que nos lleva a conocer el Ser de Dios, Tres Veces Santo, Inmortal, Tres Veces Bueno, Tres Veces Bello, Padre, Hijo, Espíritu, Uno. Que Dios Padre revele a su Hijo Amado es la contrapartida (¿contracultura?) a la grave crisis ontológica de filiación y pater-maternidad que vivimos.

Celebrando el Nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, reconocemos que Él nos ha dado el verdadero valor de la filiación y de la infancia humana. Su Encarnación, por iniciativa y petición del Padre a María, se hizo posible gracias a una mujer que asumiría la gestación en su seno, el nacimiento en la carne. El reconocimiento del Padre le dará el Nombre identitario, "Este es mi Hijo Amado en quien me complazco" (Mc 1, 11; Mt 1, 20-25) y este Nombre, Hijo Amado, encadenará y sellará las puertas del mal, del Dragón, de la serpiente primordial, del Diablo, de la muerte (cfr. Ap 20, 1-15). Sí, el mal quedará desterrado porque no hay más mal que el de no tener nombre (sin documentos) o ser un número (Auschwitz, Jasenovac, Dachau, Gaspic, Camboya, Gulag...), no tener ciudadanía, y ser cancelado de la lista de los vivos. El nombre sella las puertas del abismo y funda lo humano y, en este caso, lo humano-divino en Jesús, nuestro Príncipe de la Paz.

Él nos descubrirá, haciéndose hijo-niño, cómo la infancia es la apertura incondicionada al Padre, al "Abbá" (Mc 14, 36), cómo la infancia es pasividad hecha receptividad y gratitud, que marca la vida propia como referencia a Otro, del que procedo, al que me liga un vínculo de amor y cuidado, del que hablo y al que hago conocer. Es desde el origen, desde nuestro ser filial, ser hijos en el Hijo (cfr. Gal 4,4-7; Rm 8,14-1), lo que nos hace comprender lo creado (cfr. Col 1, 16), este mundo, la Humanidad, a nosotros mismos, nuestra verdadera profundidad, altura y gravedad y el "camino que lleva a la paz" (Lc 19, 42) que tanto nos cuesta descubrir.

**MADRES QUE PROTEGEN LA INFANCIA.** Quedó confiado por el Padre el cuidado del Hijo a María. También nosotros hemos heredado los cuidados de esta Madre (cfr. Jn 19, 26-27). Ella nos reveló que ninguno de nosotros está solo ante Dios. Una multitud nos acompaña, de la que somos responsables y hemos de cuidar. Pero, si alguien está junto a nosotros ante Dios, son los niños (cfr. Mt 19, 13-15; Mc 10, 13-16), los nuestros, los vuestros, todos los niños de este mundo; ellos tienen algo que ver con nosotros y son nuestra "presentación" ante Dios Padre.

Hoy la guerra tiene un escudo humano: Jesús, nacido de María, su Madre, el Príncipe de la Paz: "Paz para los de lejos y para los de cerca" (Is 57, 19), para los pobres, hundidos en el fango, y para los perdidos en todo desierto o mar de esta tierra, para los que lo buscan con pasión y para los que lo destierran de sus vidas.

Hoy nuestras guerras tienen muchos escudos humanos: la infancia, niños y niñas que viven confusos, que pierden, carecen, enferman, mueren... lloran. Dios, que es Madre, oyó al niño llorar (cfr. Gn 21, 17). ¿Y nosotros? Por ellos deberían finalizar nuestras guerras, nuestros genocidios, exterminios y exilios forzados. Ellos deberían ser nuestra razón para la Paz. Benedicto XVI dijo: "La señal de Dios es el niño" (Misa de Nochebuena de 2006). En esta "Palabra Abreviada" (cfr. San Cipriano, *Sobre la oración del Señor*, c. 28), como llamaron los Padres de la Iglesia a Jesús, está nuestra Paz.

Os invito a ver en la FILIACIÓN el modo de ser y de estar en este mundo, dejándonos salvar en el Hijo, de tal modo que, hijos en el Hijo, vayamos de la mano de María al Padre, que es el sentido último de nuestra existencia.

Os invito en esta nueva Navidad a promover la CULTURA DEL NACIMIENTO a la luz del Nacimiento de Jesús, el Salvador, el Hijo Amado. Si en el designio salvífico de Dios la Encarnación fue el camino, hoy también sigue siendo esta la vía de salvación para el ser humano. Que María, la Madre, ayude a otras madres a engendrar, a alumbrar, a cuidar y proteger al hijo.

Y os invito a CUIDAR DEL NIÑO, a ser padres y madres, como María y José, de los que comienzan a vivir, estos que tienen "la piel más fina" y necesitan el abrigo de la ternura, del amor, de la educación, de la compañía, en los primeros instantes, en los primeros pasos y siempre.

Buena y Santa Navidad de la Infancia Protegida, FUENTE DE LA PAZ.  
¡Feliz Navidad a todos los niños del mundo!

M. Prado  
Presidenta Federal  
Federación de la Conversión de S. Agustín